

Industrialización y condiciones de vida en Inglaterra: Notas sobre una larga polémica

*Esteban Canales
(Universidad Autónoma de Barcelona)*

Por encima de cualquier otra característica, el debate sobre las condiciones de vida de los trabajadores ingleses durante la primera mitad del siglo XIX¹ es un debate ideológico, en el que se valora la eficacia del sistema capitalista -el existente en las islas Británicas- para asegurar la felicidad del mayor número de personas en la Inglaterra de la época. A lo largo de más de un centenar de años, sus participantes -contemporáneos comprometidos en la defensa o demolición del sistema o historiadores y economistas profesionales de biografía reciente, igualmente comprometidos en alguna opción- han ido desgranando argumentos en favor o en contra de la mejora de las condiciones de vida, alineándose así en los respectivos campos optimista y pesimista. Los resultados más interesantes del debate -al margen de algunas carreras académicas- no hay que buscarlos en las conclusiones obtenidas sino en las investigaciones generadas por la misma dinámica de la discusión: sabemos hoy mucho más que hace cien o cincuenta años sobre precios, salarios, vivienda, alimentación, mortalidad, condiciones de trabajo o educación, aunque no tenemos más certeza sobre cómo responder a la pregunta aquí planteada: ¿cuál fue la evolución de las condiciones de vida de los trabajadores que vivieron durante la revolución industrial? Este artículo pretende informar del presente estado de la cuestión desde un enfoque amplio, que tiene en cuenta tanto las contribuciones de los historiadores de la economía como las de los historiadores sociales².

1. Entre quienes primero se ocuparon de examinar la situación de la población trabajadora contemporáneamente a la revolución industrial predominaron posiciones claramente pesimistas sobre la evolución de sus condiciones de vida³. Críticos radicales de la sociedad, como Marx y Engels, e historiadores militantes en las filas de la izquierda moderada (Arnold Toynbee, los Webb, los Hammond) coincidieron

¹ He escogido el concepto «condiciones de vida» por su carácter más amplio, susceptible de englobar factores económicos y sociales, numéricos o no, frente a «nivel de vida», utilizado sobre todo para referirse a aspectos de tipo económico, preferentemente al coste de la vida. El término «calidad de vida», de origen más reciente, refleja la percepción subjetiva de los diversos elementos integrantes de las condiciones de vida (para un comentario sobre el significado de la noción «calidad de vida» véase Szalai 1980). El marco del análisis es más inglés que británico, por lo que resultaría engañoso hablar de Gran Bretaña. El período que abarca se sitúa entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX, la época de la revolución industrial.

² Para quien no quiera recurrir al inglés son útiles los textos de Rule (Rule 1990, cap. 1), Fontana (Fontana 1992, pp. 39-55) y Tavera (Tavera 1988).

³ El lector español puede seguir los pasos iniciales de la polémica en Taylor 1985 y en Cannadine 1985.

en considerar que la industrialización, y el bienestar y riqueza de unos pocos, se hizo a expensas de la degradación de amplios sectores de la población, de forma que el período resultó «más catastrófico y terrible que ningún otro que jamás haya vivido nación alguna»⁴. Fue Clapham quien, en 1926, sentó firmemente las bases de una explicación alternativa, que pretendía sustituir los juicios emotivos de quienes le precedieron por un análisis riguroso de la condición material de los trabajadores, centrado en la elaboración de un índice de los salarios reales del período 1790-1850. La apreciable mejora de estos salarios parecía ser un arma irrefutable por los pesimistas, pero la validez del propio índice resultó erosionada por la crítica de Ashton, quien no obstante creía que «el número de los que lograron participar en los beneficios del progreso económico fue mayor que el de quienes se vieron marginados de los mismos, y que cada vez fue mayor la parte de la población que figuró entre los primeros»⁵.

En el clima de guerra fría de los años cincuenta semejante posición resultaba confortante y como, además, estaba respaldada por prestigiosos profesionales, parecía cerrar la discusión. Sin embargo, Hobsbawm primero (1957) y Thompson más tarde (1963) realimentaron el debate dotando de nuevos argumentos a los pesimistas⁶. Hobsbawm consideraba la desigualdad en la distribución de la renta y el desvío de recursos hacia la inversión como factores que actuaron en contra de un incremento del nivel de vida de los trabajadores, de cuya mala situación daban cuenta una mortalidad elevada, altos índices de paro y una deficiente alimentación, lo que le permitía concluir que «la opinión optimista carece de toda base sólida». Thompson dio un giro al debate al insistir en la importancia del fenómeno difícilmente mensurable de la calidad de vida: «Pueden tener lugar al mismo tiempo un aumento per cápita de factores cuantitativos y un gran trastorno cualitativo... la población puede consumir más bienes y a la vez ser menos feliz y menos libre (...). Es perfectamente posible sostener dos proposiciones (...). A lo largo del período 1790-1840, hubo una pequeña mejora del nivel de vida material. A lo largo del mismo período hubo una explotación intensificada, una mayor inseguridad y una miseria humana creciente»⁷.

A partir de los años sesenta, con el desarrollo de la historia social y la aparición de estudios regionales y locales, se han sucedido las aportaciones al tema. alguna de ellas figura en la recopilación que Taylor dedicó al nivel de vida de 1975⁸, pero en su gran mayoría son demasiado recientes para que pudiesen tener cabida entonces. Globalmente, puede considerarse que los optimistas han conseguido desaprobar posiciones de deterioro extremo del nivel de vida, pero los pesimistas insisten en el aumento de la desigualdad, en los costes de la dislocación social y en los efectos del

⁴ Citado en Rule 1990, p. 47.

⁵ Taylor 1985, p. 113.

⁶ Los textos de ambos están reproducidos en Taylor y los libros de donde estos textos se han extraído están igualmente publicados en castellano: Hobsbawm 1979 y Thompson 1989.

⁷ Thompson 1989, tomo 1, pp. 221-222.

⁸ Taylor 1985.

deterioro ambiental sobre la salud y la calidad de vida de los trabajadores. Mientras, han ido creciendo argumentaciones eclécticas, en la línea de considerar una modesta y desigual mejora, que, en el caso de los salarios reales, se produciría a partir de 1820. Pero tampoco parece que estemos en el tramo final de una discusión, cuando las respectivas partes confluyen en posturas intermedias.

Desde hace más de una década Lindert y Williamson han venido planteando con rotundidad la existencia de una mejora de los niveles de vida superior a la que sus predecesores optimistas habían considerado. Ambos autores americanos, pertrechados con el instrumental del análisis econométrico, afirman que los salarios reales se duplicaron entre 1810 y 1850⁹, aumento excesivo como para ser afectado por el desempleo -menor del 10%- y por el empeoramiento de la calidad de vida, tópico creado por atender a los criterios de la población acomodada de la época -«dado que el aire sano, el agua y el espacio eran artículos de lujo, es hasta cierto punto lógico que la clase obrera les atribuyera menor importancia»¹⁰- y al que, como mucho, puede concedérsele un preciso 9,7% de efecto, a descontar del salario real¹¹. Desafortunadamente para sus autores, no todo es tan claro como indican, pues, además de los desacuerdos sobre el índice del coste de la vida a emplear que se comentan en el próximo apartado, ni las 18 series de salarios utilizadas resultan inobjectables, ya que dejan fuera el 44% de los trabajadores, preferentemente los de ingresos más bajos¹², ni las estadísticas de paro calculadas mediante regresión de los datos de 1851-92 se avienen con las cifras de paro que, para localidades y años concretos de la primera mitad del siglo XIX, aportan otras obras¹³, ni parece tan fácilmente cuantificable la compleja y subjetiva cuestión de la calidad de vida, ni, aunque se pudiesen traducir correctamente en estimaciones económicas los efectos negativos del entorno urbano, su montante sería tan bajo¹⁴.

2. La dificultad -o imposibilidad- de resolver esta polémica se explica, además de por sus implicaciones ideológicas, por el carácter impreciso de las pruebas a aportar. En efecto, incluso la evaluación de los aspectos cuantitativos presenta numerosos problemas que lastran la validez de los resultados, tanto en el terreno de

⁹ Lindert-Williamson 1983a; Williamson 1987, p. 23.

¹⁰ Williamson 1987, p. 36.

¹¹ Lindert-Williamson 1983a, p. 23. Williamson, por su parte, obtiene resultados algo distintos, con procedimientos de cálculo también diferentes (Williamson 1982, p. 237; Williamson 1987, p. 361). Lo más discutible de estos procedimientos es el reduccionismo económico en que se sustentan.

¹² Neale 1985, p. 112.

¹³ Foster 1974, p. 81; Neale 1985, p. 127; Boot 1990, p. 220. Todas ellas sitúan el paro en torno al tercio del total de la mano de obra considerada durante los períodos de crisis. A lo que habría que sumar otro amplio porcentaje de trabajadores afectados por la reducción de los horarios de trabajo, como ha señalado Boot. Pero también hay que tener en cuenta que fuera de los años de crisis el desempleo, aunque existente, era considerablemente menor.

¹⁴ Brown, en un trabajo centrado en el noroeste de Inglaterra, sugiere que la factura de la urbanización «redujo las mejoras en el nivel de vida en 1/4 entre 1818/20 y 1850 y en 1/5 en el conjunto del período 1806-1850», lo que supuso el recorte de una parte creciente del salario de los obreros de fábrica: el 10% en 1806 y el 17% en 1850 (Brown 1987, p. 609).

los salarios reales como en otras vías de aproximación complementarias o alternativas, tales como el consumo y la renta.

Para obtener los salarios reales se necesita disponer de sendas series de salarios y de precios, a fin de eliminar la incidencia de los precios sobre los salarios. Los precios conviene que sean al por menor y que recojan, adecuadamente ponderados, los artículos de uso corriente entre la población a estudiar. Los salarios han de ser representativos de las diversas áreas geográficas, dado el incompleto grado de integración económica de la época, y de las múltiples ocupaciones existentes, han de tener en cuenta las posibles variaciones de la estructura ocupacional, han de poder medir correctamente formas de remuneración diferentes (en metálico, en especie, a destajo), así como la incidencia de un desempleo desigualmente repartido y sujeto a bruscas oscilaciones, y es aconsejable que se computen -junto con otras posibles fuentes de ingresos- por unidad familiar, medida más real que el sueldo de cada trabajador, pues éste compartía con su esposa e hijos una misma economía en la que el salario del varón adulto no solía ser la única aportación y en la que ingresos y gastos estaban sujetos a oscilaciones a lo largo del ciclo familiar, de acuerdo con la edad de los hijos y de los padres. Además, se ha de escoger cuidadosamente el período inicial y final de la comparación, pues las importantes oscilaciones de los precios pueden interferir los resultados de la misma: p.ej., idénticas series de salarios y precios dan lugar a un aumento de los salarios reales de intensidad muy desigual según el período de referencia sea 1800-1850 (más del 85%), 1790-1840 (en torno al 20%) o 1790-1845 (en torno al 40%)¹⁵; por ello es conveniente la utilización de medias móviles¹⁶.

Algunos de estos problemas se han abordado en los estudios aparecidos durante la última década. El reconocimiento de la desigualdad regional ha dado paso a trabajos más precisos sobre el comportamiento de los salarios en Londres¹⁷ y en el norte industrial¹⁸ y a la comparación de las diferencias en la evolución de unos y otros¹⁹. El resultado al que apuntan estos trabajos, aunque quizá no incida significativamente en la evolución del salario real medio del conjunto de Inglaterra²⁰, es el de profundos y contrapuestos cambios en la evolución de los salarios entre áreas no industriales -el sur de Inglaterra y, en menor medida, Londres- y las áreas de las Midlands y del norte de Inglaterra que reciben el impacto de la industrialización desde fines del siglo XVIII. Mientras que en las primeras áreas hacia 1760 los salarios eran más elevados que en las segundas, cuarenta años más tarde la situación se había invertido en beneficio de las zonas de localización industrial, diferencia que ya habría de persistir durante la primera mitad del siglo XIX. Esta evolución divergente supondría que, mientras los trabajadores de la construcción de Londres sufrirían pérdidas considerables en los salarios reales durante la segunda mitad del siglo XVIII,

¹⁵ Perkin 1985, pp. 137-138.

¹⁶ Un buen inventario de estas y otras cuestiones en Scholiers 1989, «Introduction», y en los comentarios de Morsa y Lucassen en la misma obra.

¹⁷ Schwarz 1985.

¹⁸ Botham-Hunt 1987.

¹⁹ Hunt 1986.

²⁰ Crafts 1989.

de las que tardarían medio siglo en recuperarse²¹, sus compañeros empleados en diversas actividades -construcción, alfarería, minería- en el norte de Staffordshire habrían mejorado claramente sus salarios reales durante el mismo período²². Una lectura en clave optimista de estos datos, como la que hace Hunt²³, nos llevaría a considerar los benéficos efectos de la industrialización sobre los salarios; el reverso de la moneda, no adecuadamente señalado, es que el crecimiento de unas áreas, en las condiciones de una economía de mercado no sujeta a regulaciones, comportó la depresión duradera de otras áreas y el empeoramiento del nivel de vida de los trabajadores que vivían en ellas.

Los esfuerzos por averiguar los ingresos por unidad familiar son más recientes, aunque ya han permitido establecer, mediante el examen de 1.350 casos distribuidos por todo el país, las primeras conclusiones: los ingresos de los varones superaban claramente el 50% del total familiar y en muchos ocasiones se acercaban al 70 u 80%; mujeres y niños aportaban en torno a un 20% y la ayuda a la pobreza proporcionaba buena parte del resto; los ingresos por unidad familiar crecieron más lentamente que los de los varones de la misma muestra, algo a tener en cuenta para matizar las apreciaciones más optimistas, basadas solamente en los salarios individuales de la población masculina adulta; dicho crecimiento se concentró sobre todo en los sectores salariales más favorecidos, con la consiguiente generación de desigualdad en la evolución de las rentas²⁴.

Pero todavía subsisten importantes puntos oscuros, como lo prueban las diferencias de opinión sobre salarios reales: uno de sus pilares -el índice del coste de la vida- ha sido objeto de viva controversia entre Crafts y Lindert y Williamson: la crítica del primero -1985²⁵- al índice de Lindert y Williamson -1983²⁶- fue replicada por éstos -1985²⁷- con un índice revisado, que Crafts en 1989 acepta a la vez que le incorpora los datos del período 1750-1780, tomados de una ya antigua serie -la de Phelps Brown y Hopkins, publicada en 1956-, oportunamente reelaborada de acuerdo con una nueva ponderación de sus componentes²⁸. Lo que inquieta de todo ello no es la discusión en sí, ni el proceso de rectificaciones a que conduce, sino que éstas, aun cuando aparentemente sean menores, den como resultado cambios notables en las cifras finales: las revisiones propuestas por Crafts en 1985²⁹, que se centran en una modificación de los precios de la ropa, suponen disminuir a más de la mitad la tasa de crecimiento anual de los salarios reales establecida por Lindert y Williamson en

²¹ Schwarz 1985, pp. 28 y 39-41.

²² Botham-Hunt 1987, p. 394.

²³ Hunt 1986.

²⁴ Horrel-Humphries 1992. Desde otra perspectiva, la consideración de la unidad familiar ha permitido una descripción menos dramática, y más lógica, de la persistencia de los tejedores manuales de Lancashire, que podían disponer de los ingresos complementarios proporcionados por el trabajo de sus hijos en las fábricas (Lyons 1989).

²⁵ Crafts 1985b.

²⁶ Lindert-Williamson 1983a.

²⁷ Lindert-Williamson 1985a.

²⁸ Crafts, 1989.

²⁹ Crafts, 1985b.

1983 para el período 1819-1851³⁰; a su vez, Lindert y Williamson presentan en 1985 un nuevo índice del coste de la vida que asume parcialmente las críticas de Crafts y ofrece un crecimiento de los salarios reales del 1,51% anual, intermedio entre el propuesto por Crafts (0,90%) y el inicialmente calculado en 1983 (1,87%)³¹; el propio Crafts, años más tarde, acepta que este nuevo cálculo es la mejor de las hipótesis por el momento, aunque advirtiéndonos que, para cualquier año concreto del período 1750-1850, existe un margen de error no menor del diez por cien³². Ante este trasiego de cifras no está de más armarse de un cierto escepticismo y recordar que, como no hace mucho tiempo indicaba Platt, lo peor de los datos de partida poco sólidos no es su propia imperfección, sino su capacidad para estimular conclusiones equivocadas³³.

Centrarse en el análisis del consumo es un modo de obviar los inconvenientes anteriores, pero no existen datos globales porque la producción doméstica escapa a cualquier registro ni, aunque dispusiésemos de ellos, tendríamos una respuesta válida, debido a la distribución desigual entre los diversos sectores sociales. Sabemos, por ejemplo, que Gran Bretaña pasó, durante la revolución industrial, de ser exportador de cereales a precisar de la importación para alimentar a una población en rápido crecimiento, que las importaciones de granos, carne y mantequilla pasaron de representar un 5,3% del valor de la producción del sector primario en 1804-06, a suponer el 14,9% cuarenta años más tarde, que este creciente recurso a las importaciones no pudo evitar periódicos brotes de carestía, sobre todo en los años de las guerras napoleónicas, y que en algunas áreas consumidoras de trigo se produjeron ocasionales cambios en favor de la patata para combatir las dificultades³⁴, pero necesitaríamos conocer mucho más. Afortunadamente, puede seguirse la evolución de los productos destinados a la venta y, en especial, de las mercancías importadas, pese a la existencia de un contrabando que enmascara las cifras. Esta es la razón por la que algunos autores han insistido en estudiar la evolución del consumo de ciertos productos alimenticios de importación (té, café, azúcar, tabaco), aunque los resultados obtenidos son poco concluyentes³⁵, en contraste con la sofisticación de los métodos empleados³⁶. De mayor significado para el conocimiento del nivel y evolución del consumo son aquellos productos alimenticios básicos que componían la dieta de la población trabajadora. Sabemos que los pobres destinaban a mediados del siglo XIX entre el 70% y el 90% de sus ingresos a la adquisición de alimentos, entre los que el pan y las patatas tenían lugar privilegiado. Parece que a lo largo de la primera mitad del siglo no hubo una mejora apreciable en la cantidad y variedad de la dieta³⁷: descendió el consumo de pan y cereales en beneficio de las patatas y productos como la carne y el pescado sólo aparecieron muy esporádicamente en las mesas de las

³⁰ Lindert-Williamson 1983a.

³¹ Lindert-Williamson 1985a.

³² Crafts 1989, pp. 79-80.

³³ Platt 1989, p. 1.

³⁴ Thomas 1985.

³⁵ Rule 1990, pp. 71-97.

³⁶ Mokyr 1988.

³⁷ Burnett 1989, primera parte.

familias trabajadoras, aunque este último tendió a hacerse más frecuente. Además, los modestos avances logrados en años de bonanza económica debieron ir seguidos de retrocesos en los años de crisis, a juzgar por lo que todavía ocurría en una fecha tan tardía como 1862: en los últimos meses de aquel año, los obreros textiles de Lancashire, víctimas de la recesión que afectaba a la industria algodonera, hubieron de reducir en casi un tercio la ingestión de calorías y de leche y en un 60% el consumo de carne³⁸.

Por otra parte, la urbanización representó cambios ambivalentes. Puso a disposición de los habitantes de las ciudades (sobre todo desde la década de 1830, con la mejora en las comunicaciones aportada por el ferrocarril) una más amplia oferta de alimentos que en las áreas rurales pero también conllevó inconvenientes: menor preparación de los platos (debido al trabajo de la mujer y a la falta de condiciones de las viviendas urbanas) y, sobre todo, desarrollo de la adulteración. Varios factores hicieron posible la extensión de este tipo de fraude: separación entre el productor y el consumidor, a diferencia de las áreas rurales; recurso de la población trabajadora a los tenderos para el aprovisionamiento diario, al por menor y con frecuencia a crédito, con la consiguiente supeditación a los mismos; abandono por el estado liberal de la reglamentación pública sobre la calidad y el precio de los alimentos. La generalización de la adulteración, de la que hay abundantes testimonios de contemporáneos a mediados de siglo, entre ellos el bien conocido de Engels³⁹, tuvo efectos negativos sobre la salud de los consumidores no sólo debido a la toxicidad de algunos de los componentes añadidos a los productos, sino también porque disminuyó el valor nutritivo de los alimentos. Nada se hizo de forma oficial para combatirla antes de mediados del siglo XIX, cuando fueron divulgados los resultados de varias investigaciones, pero incluso la legislación que comenzó a implantarse desde entonces no tuvo plenos efectos disuasorios dada la escasa cuantía de las penas impuestas a los infractores⁴⁰. En el caso de la leche, hubo que esperar a la última década del siglo XIX para que los niveles de manipulación fraudulenta detectados en el mercado de Londres se situasen por debajo del 20% de las muestras analizadas⁴¹.

Aunque existe acuerdo sobre un aumento de la renta per cápita a lo largo de la primera mitad del siglo, no está clara la velocidad de su crecimiento, cuestión en la que las antiguas certidumbres establecidas desde los años sesenta por Deane y Cole⁴² fueron erosionadas por la reinterpretación de las estadísticas sociales de los siglos XVII, XVIII y XIX efectuada veinte años más tarde por Lindert y Williamson⁴³. Esta relectura de los grandes cuadros de distribución de la renta elaborados por coetáneos (King para 1688, Massie para 1759, Colquhoun para 1801-1803 y Baxter para 1867) comportaba, además de pruebas de un aumento de la desigualdad durante la revolución industrial, aspecto sobre el que volveremos de inmediato, elementos en

³⁸ Oddy 1983.

³⁹ Engels 1965.

⁴⁰ Wohl 1984, p. 54.

⁴¹ Atkins 1991, cuadro p. 330.

⁴² Deane-Cole 1962.

⁴³ Lindert-Williamson 1982; Lindert-Williamson 1983b.

favor de un más lento crecimiento de la renta nacional durante la segunda mitad del siglo XVIII de lo supuesto hasta entonces. El nuevo panorama, en conjunción con los datos sobre la producción industrial, que también parecían mostrar un similar patrón de crecimiento lento durante las primeras décadas de la revolución industrial⁴⁴, sirvió para elaborar la reciente ortodoxia sobre la evolución de la economía británica entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, tal y como apareció en el libro de Crafts⁴⁵ y como, desde sectores más ligados a la historia social, también parecía corroborarse⁴⁶. La revolución industrial había sido un proceso menos dramático de lo pensado, pues ni la economía, medida a través del producto nacional bruto, creció súbita y explosivamente desde el último tercio del siglo XVIII, ni la industrialización se desarrolló de forma homogénea -sectores de la actividad industrial y extensas áreas geográficas quedaron de momento al margen- y lineal -no siempre se produjeron cambios tendentes a la maquinización y a la concentración de asalariados en fábricas-. Hoy a su vez esta nueva ortodoxia está siendo cuestionada y el concepto de revolución industrial vuelve a reivindicarse incluso, como en el caso de Berg, por quienes no hace mucho habían defendido una visión atenuada de la misma⁴⁷. Estas discrepancias tienen una evidente repercusión sobre la cuestión que nos ocupa, el conocimiento de las condiciones de vida durante el período, puesto que plantean tasas de crecimiento anual per cápita bien diferentes: del orden del 0,7% (Crafts) y 1,2% (Deane y Cole) del producto nacional durante la primera mitad del siglo XIX⁴⁸. Pero, aunque se aceptase como válido el más alto de los porcentajes, este acuerdo no equivaldría al reconocimiento de una mejora de los ingresos de los trabajadores porque:

a) Parte de la renta no revierte directamente a la población, sino que se invierte en la creación de riqueza; hoy conocemos que la tasa de inversión durante las primeras décadas de la revolución industrial, incluidos los capitales colocados en el exterior, se mantuvo dentro de unos límites relativamente modestos, algo por debajo o por encima del 10% del producto nacional bruto según se acepten las evaluaciones del producto nacional de Deane y Cole o la revisión de Crafts⁴⁹, y que esta proporción aumentó tan sólo ligeramente en el segundo cuarto del siglo XIX, a pesar de la demanda de capitales generada por el ferrocarril. Aunque modestos, son porcentajes que hay que restar a la riqueza disponible para el consumo.

b) La renta está desigualmente distribuida. Más difícil resulta precisar si esta desigualdad fue creciendo a lo largo de la primera mitad de siglo, conforme intentó demostrar Perkin mediante la comparación de estadísticas sociales de la época, con el resultado de que en 1801 el 1% de la población más rica disponía del 25% de la renta

⁴⁴ Harley 1982.

⁴⁵ Crafts 1985a.

⁴⁶ Berg 1987.

⁴⁷ Hudson 1989; Hoppit 1990; Berg-Hudson 1992; Hudson 1992. Frente a quienes siguen defendiendo el crecimiento lento: Jackson 1992; Crafts-Harley 1992. La más reciente puesta al día del período de la revolución industrial es O'Brien-Quinault 1993.

⁴⁸ Mokyr 1988, p. 72.

⁴⁹ Feinstein 1981 y 1988; Crafts 1985a, p. 73; Mathias 1989.

nacional y en 1848 su participación había pasado a ser del 35%⁵⁰, y posteriormente Lindert y Williamson, trabajando sobre un abanico de indicadores más extenso que el utilizado por Perkin, parecieron corroborar: tanto la evolución de los ingresos de un conjunto de ocupaciones como las declaraciones de renta generadas por el «income tax», las estimaciones de los aritméticos sociales y los impuestos sobre la vivienda coincidían en señalar un incremento de la desigualdad de las rentas «en el período comprendido entre la batalla de Waterloo y mediados de siglo»⁵¹. Un aumento de las diferencias en las rentas no significa necesariamente un descenso de las rentas de niveles más bajos, como la militancia de Lindert y Williamson en favor de un fuerte aumento del nivel de vida de la población trabajadora durante el mismo período pone de relieve, aunque sí reduce el margen de disponibilidad para tal aumento, sobre todo si se conjuga con la hipótesis de bajo crecimiento de la economía. Pero tampoco parece que en el tema de las desigualdades estemos pisando terreno firme, pues lo que se suponía una bien construida defensa del aumento de la desigualdad en el reparto de la renta durante la primera mitad del siglo XIX ha sido criticado por posteriores trabajos, que han insistido en la incorrecta apreciación de la evolución de la estructura salarial derivada de la falta de representatividad de algunos de sus componentes - abogados y médicos⁵²- y en los errores que distorsionan las diversas mediciones de desigualdad de la renta⁵³. Con todo, algún indicio permite seguir creyendo que, dentro de un marco general de desigualdad, la sociedad inglesa de la primera mitad del siglo XIX vio aumentar las diferencias entre ricos y pobres: las estadísticas sobre la evolución de la riqueza (con exclusión de los bienes raíces), procedentes de una fuente distinta, muestran una tendencia a la concentración de riqueza en los estratos superiores desde mediados del siglo XVIII y hasta más allá de la mitad del siglo XIX⁵⁴. Y no habría que olvidar aquí que, mientras que el número de personas que en un momento u otro a lo largo de su vida cayeron por debajo del umbral de la pobreza fue muy alto durante todo el período, el grado de atención oficial a los pobres disminuyó drásticamente a partir de la aprobación de la nueva ley de pobres en 1834⁵⁵.

3. Si las dificultades son tan grandes en el terreno de los elementos susceptibles de medición que, dentro de la historia económica, conforman el nivel de vida, cuando intentamos computar los indicadores sociales que integran la calidad de vida los obstáculos son prácticamente insuperables. Necesitaríamos, además de disponer de unos patrones de medida, ponernos de acuerdo sobre cuáles para casos como

⁵⁰ Perkin 1985, pp. 135-136.

⁵¹ Williamson 1980; Lindert-Williamson 1983b; Lindert-Williamson 1985b; Williamson 1987; la cita pertenece a la p. 86 de este último; exposición general en Phelps Brown 1988.

⁵² Jackson 1987.

⁵³ Feinstein 1988.

⁵⁴ Lindert 1986.

⁵⁵ Por lo que no hay que confundir las cifras de asistidos en régimen interno o externo bajo la nueva ley, que experimentó un descenso, con el número real de pobres. La bibliografía sobre la pobreza y los efectos de la nueva ley es muy amplia. Rose 1986 es una útil síntesis. Para un más detallado tratamiento véase Williams 1981. La oposición a la implantación de la ley de 1834 está explicada en Knott 1986.

condiciones de trabajo, vida familiar, vinculación con el entorno o grado de satisfacción personal, entre otros. Con todo, aspectos como la salud de la población, las condiciones de vivienda o los horarios de trabajo permiten un tratamiento hasta cierto punto preciso y objetivo. Por otro lado, en los últimos años se han realizado progresos en el conocimiento de la estatura y el grado de alfabetización de la población, áreas que por su aparente capacidad de precisión también resultan prometedoras.

Los principales indicadores del estado de salud de la población (tasa bruta de mortalidad -TM-, tasa de mortalidad infantil -TMI- y esperanza de vida $-E_0-$) experimentaron una mejora en el conjunto del período que estamos considerando: la TM, situada en el 27,3 por mil entre 1751 y 1775, disminuyó de forma sustancial (22,5 por mil entre 1826 y 1850); la TMI, aunque menos conocida, también se redujo (180 por mil entre 1751 y 1775; 151 por mil entre 1825 y 1850); como resultado de estos cambios se alargó la E_0 (1751-1775, 36 años; 1826-1850, 40 años)⁵⁶. La explicación de esta favorable evolución de la mortalidad se debe fundamentalmente a McKeown⁵⁷, para quien el 92% de la reducción de la mortalidad habida entre 1848/54 y 1901 es atribuible a la disminución de la incidencia de las infecciones, fenómeno que probablemente se venía dando desde décadas anteriores, aunque resulta imposible comprobar dada la falta de un registro adecuado de las causas de fallecimiento. Pero el énfasis de este autor en la mejora de la alimentación como causa de la aminoración del impacto de las enfermedades infecciosas ha sido abandonado en beneficio de argumentaciones menos reduccionistas, en las que el hecho cierto del descenso general de la mortalidad, y el papel que en él jugó la disminución del número de muertes por infección, se atribuye a una combinación de factores -medicina, higiene pública, cambios en los agentes patógenos, alimentación-, sin que por ahora sea posible individualizar el peso específico de cada uno de ellos⁵⁸.

Un análisis más detallado de algunos de los indicadores antes mencionados, posible gracias a la información contenida en la obra de Wrigley y Schofield⁵⁹, muestra importantes fluctuaciones dentro de esta evolución positiva: tanto la TM como la E_0 mejoraron claramente durante las tres primeras décadas del siglo XIX para estancarse en los veinte años siguientes (TM) o incluso empeorar (E_0)⁶⁰, situación que se prolongó hasta la década de los setenta. Además, estos datos son promedios nacionales ingleses y galeses, que esconden notables diferencias geográficas y

⁵⁶ Woods 1992, p. 29.

⁵⁷ McKeown 1978.

⁵⁸ Schofield-Reher-Bideau 1991 proporcionan un tratamiento reciente a los diversos aspectos ligados al descenso de la mortalidad (véase sobre todo la introducción: Schofield-Reher 1991). Sobre el papel de la alimentación hay que tener en cuenta Rotberg-Rabb 1990, inicialmente aparecido en un volumen del *Journal of Interdisciplinary History* (1983), y en especial los textos de Livi-Bacci, McKeown y Scrinshaw que allí se contienen. Szreter 1988, a partir de la reconsideración de los datos epidemiológicos del propio McKeown, ha realzado la importancia de la contribución de la medicina y la sanidad. Un subtema dentro del apartado del papel de la medicina lo constituye la lucha contra la viruela. Razzell 1977 y Mercer 1985 han defendido la importancia de la contribución de la inoculación primero y de la vacuna antivariólica después en la reducción de la mortalidad general.

⁵⁹ Wrigley-Schofield 1981.

⁶⁰ Wrigley-Schofield 1981, ppl. 528-529.

sociales, algo que es conocido desde la publicación, en 1842, del *Informe sobre la condición sanitaria de la población trabajadora de Gran Bretaña*, que incluía en su capítulo cuarto abundante información sobre las desigualdades ante la muerte. De acuerdo con los datos allí contenidos, hacia 1840 la población de ciudades industriales como Liverpool o Manchester vivía aproximadamente la mitad de años que los habitantes de un área rural como el condado de Rutland o un centro comarcal agrario como Kendal, y, en cada uno de los lugares considerados, la población trabajadora vivía entre la mitad y los dos tercios que sus vecinos nobles o profesionales liberales⁶¹.

Estudios actuales han ratificado la existencia, a mediados del siglo XIX, de fuertes desigualdades regionales en la TM, en detrimento de las áreas urbanas, cinco puntos por encima de las áreas rurales⁶², así como en la TMI y en la E_0 ⁶³, al tiempo que se han ido acumulando pruebas en favor de la sobremortalidad de la población trabajadora, en forma de evidencias directas, como la mayor TM de las áreas populares del centro de Manchester⁶⁴ o indirectas, como el mayor impacto de las epidemias de cólera en los distritos pobres de Londres⁶⁵ o la correlación positiva entre mortalidad y hacinamiento⁶⁶. También se conoce la persistencia de estas diferencias más allá de mediados del s. XIX: en 1866 la TM de las ciudades en Inglaterra y Gales está más de cuatro puntos por encima de su equivalente en las zonas rurales⁶⁷; en 1871 la TMI de las áreas industriales de Inglaterra sigue siendo claramente más alta que la de las áreas rurales⁶⁸; en la última década del siglo XIX, la TMI de los distritos pobres de Londres casi dobla la de los distritos más ricos⁶⁹, mientras en Manchester subsisten, a finales de siglo, importantes diferencias en la TM entre distritos pobres y ricos⁷⁰. Pero lo más importante a efectos de la polémica que nos ocupa es averiguar la evolución de estas disparidades durante la revolución industrial. Los datos disponibles por ahora distan de ser resolutivos, porque todavía no se ha reconstruido la trayectoria de la TM de un suficiente número de ciudades, pero por lo que ya se conoce resulta difícil sostener posiciones optimistas en este terreno, al menos para el segundo cuarto del siglo XIX: la TM sufre una clara inflexión al alza en estos años en las ciudades estudiadas⁷¹, coincidiendo con, y probablemente provocando, el empeoramiento de la TM general que se da también por estas fechas.

⁶¹ Chadwick 1965, pp. 220-241.

⁶² Williamson, 1990, p. 12.

⁶³ Woods-Hinde 1987, pp. 40-41.

⁶⁴ Pooley-Pooley 1984. Ya el «Informe» de 1842 lo había indicado: Chadwick 1965, p. 243.

⁶⁵ Smith 1990, p. 231.

⁶⁶ Rodger 1987, p. 115.

⁶⁷ Williamson 1990, p. 12.

⁶⁸ Williamson 1990, p. 243.

⁶⁹ Woods-Woodward 1984, p. 25.

⁷⁰ Pooley-Pooley, 1984.

⁷¹ Williamson 1990, p. 55, sintetiza en un gráfico la evolución de la TM de las diversas ciudades de las que se tiene información; uno de los estudios más precisos, el de Carlisle, se encuentra en Armstrong 1981; Woods 1985 indica que la E_0 subió de forma lenta pero constante en las áreas urbanas durante todas las décadas del período 1811-1911, como él mismo reconoce, sus estimaciones anteriores a 1861 son menos fiables (pp. 649-650).

Si tenemos en cuenta que la industrialización en Inglaterra comportó el crecimiento de la población residente en las ciudades, el análisis efectuado en los párrafos anteriores no resulta neutro a efectos de la discusión sobre las condiciones de vida durante la revolución industrial: que se produjese una sobremortalidad general de la población urbana y que esta sobremortalidad afectase especialmente a los trabajadores significó para éstos un peaje a pagar en forma de enfermedades y muertes. Lo cual no es contradictorio con la atracción que la ciudad ejercía sobre muchos jóvenes rurales, a los que simultáneas transformaciones en el campo -una más rígida aplicación de la ley de pobres, una proletarización de la mano de obra agrícola, un más estricto concepto de propiedad de la tierra que acababa con los derechos de uso que habían dispuesto los aldeanos hasta entonces- forzaban a emigrar en busca de trabajo y de esperanza en una vida mejor. Como un historiador contemporáneo ha indicado⁷², adentrarse en los núcleos urbanos ingleses del siglo XIX era entrar en un mundo de sensaciones poco recomendables para olfatos sensibles: excrementos de caballos, desperdicios de los mataderos, ganado estabulado, cerdos revolviendo las basuras y pozos ciegos saturados contribuían a hacer de muchas calles fangosos riachuelos malolientes. Las mejoras en este terreno tardaron en producirse. Cerca de mediados de siglo el agua corriente era poco menos que una rareza en la mayoría de las ciudades: el 20% de las viviendas de Birmingham y el 10% de las de Newcastle disponían de ella⁷³; cincuenta años más tarde, todavía la tercera parte de los londinenses no tenían asegurado el suministro constante de agua⁷⁴. La construcción del alcantarillado también hubo de esperar hasta la segunda mitad del siglo: el de Londres se concluyó en 1865⁷⁵, fecha en la que muchas ciudades no contaban con el suyo. El coste de las obras de infraestructura necesarias para el saneamiento urbano, por encima de las posibilidades de los municipios, retrasó durante bastantes años su realización, a pesar de una incipiente conciencia pública de su conveniencia, despertada por los esfuerzos de los reformadores sanitarios de la década de 1840⁷⁶. La ley de salud pública («Public Health Act») de 1848 fue el primer paso, tardío e insuficiente, en la adopción por parte del gobierno de medidas para afrontar los problemas sanitarios provocados por el intenso y descontrolado crecimiento urbano. Por estas circunstancias no es de extrañar que las ciudades fuesen áreas particularmente insanas, caldo de cultivo de enfermedades de carácter epidémico o endémico ligadas a la falta de higiene y a la concentración.

Pero también es cierto que, entre quienes vivían en las ciudades, la mortalidad afectaba especialmente a la población trabajadora, que residía en los barrios más insalubres, en peores alojamientos y teniendo que hacer frente a unas duras condiciones de trabajo con una alimentación deficiente. La segregación residencial comenzaba a hacerse evidente en las urbes de la primera mitad del siglo XIX, en las que las áreas

⁷² Wohl 1984.

⁷³ Wohl, 1984, p. 62.

⁷⁴ Luckin 1984, p. 112.

⁷⁵ Wohl 1984, p. 107.

⁷⁶ Flinn, 1965.

centrales, en rápido proceso de degradación, tendían a ser ocupadas por los sectores con menos recursos, mientras la burguesía se desplazaba a las áreas residenciales del extrarradio, huyendo de la polución y del deterioro del viejo centro urbano⁷⁷. En estas ciudades surgidas rápidamente en el seno de una sociedad marcadamente clasista, los alojamientos a los que podían acceder los trabajadores eran precarios: pensiones baratas; antiguas viviendas de clase media subdivididas para acoger a varias familias; sótanos o buhardillas; y, como alternativa que sólo estaba al alcance de quienes tenían mayores ingresos, casas en alquiler construidas por especuladores con materiales de pésima calidad: casas de ladrillo, de dos pisos, alineadas y adosadas por atrás con otra hilera, sin espacio suficiente para la ventilación⁷⁸. La demanda de vivienda que generaba una población urbana en crecimiento, unida a la inexistencia de una normativa sobre la calidad y habitabilidad de los alojamientos y la nula iniciativa pública en la construcción de viviendas durante el periodo, fueron las causantes de estas deficiencias, así como del fuerte incremento de los alquileres, que consumió una parte creciente de los ingresos de los trabajadores. Todo ello no ha de hacer olvidar que la estrechez y la falta de condiciones de las viviendas no eran sustancialmente peores a mediados del siglo XIX que en épocas anteriores; y que los trabajadores rurales no gozaban de unos alojamientos envidiables: vivían en construcciones de paja y arcilla y estaban sujetos a un creciente hacinamiento desde la segunda mitad del siglo XVIII, debido al crecimiento del número de trabajadores rurales y del tamaño de sus familias, a la deliberada destrucción de viviendas por arrendatarios y terratenientes para evitar que la acumulación de pobres en sus parroquias incrementase las tasas para su manutención y a la menor contratación de mano de obra rural alojada en casa de los patronos⁷⁹. De todas formas, más que la falta de calidad individual de las viviendas, fue el amontonamiento de la población en las ciudades lo que hizo más graves y peligrosas deficiencias como la falta de agua corriente y de un sistema adecuado de evacuación de residuos.

La información disponible sobre la incidencia y la etiología de algunas de las principales enfermedades infecciosas también corrobora que eran los trabajadores urbanos el grupo más expuesto. La tuberculosis, la enfermedad más letal, responsable por sí sola del 16,7% del total de la mortalidad a mediados del siglo⁸⁰, afectaba sobre todo a los condados con mayor porcentaje de población urbana⁸¹ y a los distritos más pobres⁸²; el agente causante de la enfermedad (el bacilo «*mycobacterium tuberculosis*») se contagiaba a través de la respiración y de la ingestión de líquidos o alimentos contaminados, lo que convertía a los lugares densamente poblados y mal ventilados y a la falta de higiene en principales factores de riesgo, especialmente en organismos

⁷⁷ Dennis 1984, aunque el modelo de segregación es mucho más matizado que la disposición en círculos concéntricos indicada por Engels para Manchester.

⁷⁸ Rodger 1989; Dauntton 1990.

⁷⁹ Rule 1990, cap. 3; Burnett 1980; Burnett 1991.

⁸⁰ De acuerdo con la información contenida en McKeown 1978, pp. 66, 67 y 71; datos referidos al período 1848-54.

⁸¹ Cronjé 1984, p. 93.

⁸² Smith 1990, p. 289.

mal alimentados⁸³. El cólera, aunque menos letal, produjo un fuerte impacto sobre las conciencias de la época por la forma rápida y brutal con que cursaba y por las puntas de mortalidad que causaba⁸⁴. Se trataba de una enfermedad de carácter epidémico, desconocida hasta 1830 en las islas Británicas, que se transmitía a través del agua y de los alimentos, y que, por tanto, encontró en las grandes concentraciones humanas y en las deficientes condiciones sanitarias el ambiente adecuado para su desarrollo. Como cabía esperar, la gran mayoría de sus víctimas vivían en las áreas más insalubres de las ciudades, como el East End de Londres, en cuyos distritos la epidemia de 1848-49, la más importante de las sufridas por Inglaterra, provocó, en 1849, una tasa de mortalidad tres veces superior al promedio general de Londres y unas seis veces por encima de los distritos ricos del West End⁸⁵. El tifus y la fiebre tifoidea, aunque no están diferenciados en las estadísticas de mediados de siglo, en las que aparecen como responsables conjuntos del 4,5% del total de las muertes⁸⁶, son dos enfermedades completamente distintas, aunque con síntomas parecidos. La primera es provocada por un microorganismo («*rickettsia*») que, a través de los excrementos de los piojos que parasitan al hombre, acaba pasando a éste. La fiebre tifoidea es una infección causada por el bacilo «*salmonella typhi*», que penetra en el organismo humano con la ingestión de líquidos o alimentos contaminados, sin intervención de ningún vector. El tifus tuvo un carácter epidémico, con cinco brotes durante la primera mitad del siglo -en los años 1801, 1812, 1816-19 y, de manera más atenuada, en 1837-38 y 1848- mientras que la fiebre tifoidea tuvo carácter endémico⁸⁷. En ambos casos, la propagación se vio favorecida por la falta de higiene personal y pública y la incidencia fue mayor entre la población pobre: en la década de 1870, cuando la mortalidad causada por ambas enfermedades estaba en claro descenso, los distritos más pobres de Londres doblaban la tasa de mortalidad de los distritos ricos⁸⁸.

Las condiciones de trabajo constituyen otra gran área sobre la que la discusión, a falta de criterios de medida, no puede ser concluyente, aunque dos aspectos importantes de esta discusión, la cantidad de tiempo dedicado al trabajo y el grado de participación de la mano de obra infantil, aparentemente ofrecen mayores posibilidades de precisión.

La frontera entre trabajo y ocio no había sido clara durante la época preindustrial, pues períodos de descanso, celebraciones rituales o festividades asociadas al mundo laboral se entremezclaban con el trabajo, y éste estaba sujeto a ritmos irregulares en su intensidad y duración. Pero la subdivisión del trabajo y la introducción de máquinas, que obligaban a la sincronización de las tareas, y la pérdida de control sobre el proceso de producción en el marco de unas relaciones laborales en las que el

⁸³ Smith 1988; no sirven explicaciones simplistas, como ha demostrado Hardy (Hardy 1988) frente a la pretensión de Matossian (Matossian 1985) de ligar el descenso de la mortalidad por tuberculosis en Londres a un incremento en el consumo de patatas.

⁸⁴ Evans 1988.

⁸⁵ Smith 1990, p. 231.

⁸⁶ Datos para el período 1848-54, elaborados a partir de McKeown 1978, pp. 66, 67 y 71.

⁸⁷ Smith 1990, pp. 238-249.

⁸⁸ Luckin 1984, p. 110.

trabajador era cada vez menos autónomo, tendieron a imponer una disciplina en el tiempo de trabajo desconocida hasta entonces⁸⁹. Sin embargo el proceso de disciplinarización, y la interiorización de las nuevas pautas, fue lento y desigual, y distaba de haberse completado al iniciarse el segundo tercio del siglo XIX. Lo que sí parece es que, en aquellos momentos, algunos sectores de la población, especialmente los trabajadores de fábrica, estaban sujetos a horarios laborales más prolongados que los artesanos durante el siglo XVIII, aunque resulta difícil precisar el grado de empeoramiento, porque la mayoría de los trabajadores preindustriales, empleados en la industria doméstica o remunerados a destajo, no estaban obligados al cumplimiento de un horario laboral⁹⁰. La reducción del tiempo de trabajo que se operó en las décadas siguientes fue significativa en términos globales, si bien tuvo lugar sobre todo más allá de mediados del siglo XIX y estuvo desigualmente repartida: se beneficiaron más de ella aquellos trabajadores que, por su situación en el proceso productivo o por la fortaleza de sus sindicatos, estaban en una mejor posición negociadora. El movimiento en favor de la jornada de diez horas durante las décadas de 1830 y 1840 y las posteriores demandas de nueve horas desde la década de 1850 testimonian, con el carácter progresivo de sus objetivos, la consecución de las reivindicaciones previas, si bien mucho más allá de mediados de siglo importantes sectores como el asalariado agrícola o la población empleada en actividades degradadas, como la confección, a cargo en buena parte de mujeres, seguían sin experimentar cambios apreciables⁹¹.

Esta incompleta y tardía reducción de la jornada de trabajo se produjo al tiempo que se reestructuraba el calendario laboral, con la consiguiente reorganización de los ciclos semanal y anual. Las pautas de trabajo que habían sido habituales entre el artesanado de la época preindustrial, con una máxima intensidad en los últimos días de la semana y una prolongación del período de descanso dominical hasta inicios de la semana siguiente, con el disfrute del «San Lunes»⁹², cedieron paso a una organización más rígida de la semana laboral, sobre todo en las fábricas, aunque todavía más allá de mediados del siglo XIX subsistía, en un área industrial como el Black Country, la práctica del lunes festivo⁹³. Como alternativa a la pérdida del lunes se fue difundiendo, a partir de los años centrales del siglo, la terminación de la semana laboral a primera hora de la tarde del sábado, pero la generalización de esta «semana inglesa» escapa por completo de la época que nos ocupa, como también lo hace el inicio de las vacaciones de verano⁹⁴. Al mismo tiempo, el calendario se fue aligerando de celebraciones religiosas y de carácter local, para presentar un carácter más homogéneo y parecido al actual.

La situación de una mano de obra infantil forzada a agotadoras jornadas de trabajo en penosas condiciones en fábricas y minas ha sido uno de los estigmas de la

⁸⁹ Thompson 1979.

⁹⁰ Rule 1981, cap. 2; Rule 1992, pp. 189-198.

⁹¹ Cross 1989.

⁹² Reid 1976.

⁹³ Hopkins 1982.

⁹⁴ Cross 1989.

revolución industrial, en su momento denunciado y objeto de investigaciones parlamentarias, junto con el trabajo femenino. Parece estar fuera de duda la dureza de estas condiciones de trabajo, aunque se han alegado algunas circunstancias que podrían reducir su trascendencia: 1) la dedicación de los niños a tareas productivas desde muy temprana edad ya se venía dando tanto en la agricultura como en la industria doméstica; 2) el porcentaje de niños implicados fue escaso y comenzó a declinar en fecha temprana, incluso antes de que se aprobase en 1833 el primero de los «factory acts» limitadores del trabajo infantil; 3) la ley de 1833 fue efectivamente aplicada y puso coto a los abusos en la explotación laboral de los niños. El primero de los puntos es cierto, pero olvida que este trabajo infantil se presentó entonces bajo perfiles nuevos: alejado de la familia y sujeto a una dura disciplina⁹⁵. Respecto a la evolución de la mano de obra infantil, pueden hacerse varias precisiones: la mayor parte de los niños y niñas nunca trabajaron fuera del marco familiar⁹⁶; la industria textil fue la principal empleadora; los niños trabajadores menores de diez años fueron escasos⁹⁷, pero los muchachos y muchachas por debajo del umbral de la adolescencia representaban un componente importante de la industria textil durante todo el período⁹⁸, aunque posiblemente antes de 1833 ya habían comenzado a declinar⁹⁹. En todo caso, la ley de 1833, que prohibió el trabajo en las fábricas textiles antes de los 9 años y restringió a 8 y 12 horas diarias los horarios de los menores de 14 y 18 años, respectivamente, al tiempo que impuso a los patronos la obligación de proporcionar escuela a los niños bajo su cargo¹⁰⁰, tuvo por su naturaleza unos efectos limitados -su ámbito de aplicación se restringía a la industria textil, con la importante excepción, dentro de ella, de la sedería- y vio dificultado su cumplimiento por la inexistencia de medios de verificación de la edad y por la escasa cuantía de las multas impuestas a los infractores¹⁰¹. Posteriores disposiciones ilegalizaron el trabajo infantil y femenino en el interior de las minas (1842) y redujeron la jornada laboral de los niños en las fábricas textiles (1844 y 1847), pero todavía en 1851 el 28,3% de los niños entre 10 y 14 años trabajaba en actividades remuneradas y en condiciones que en muchos casos no estaban reguladas.

El estudio de la evolución de la estatura de la población ha atraído en los últimos años la atención de los historiadores, que han depositado esperanzas quizá excesivas en la validez de los datos antropométricos como indicadores del estado de nutrición y, por extensión, de las condiciones de vida en el pasado. Las aportaciones

⁹⁵ Rule 1982, pp. 198-204.

⁹⁶ Cunningham 1990.

⁹⁷ En 1833, el 2% del total de la mano de obra del sector textil, aunque el 7,7% del subsector de la seda (Nardinelli 1980, p. 742).

⁹⁸ En 1835, el 15,9% del total de la mano de obra del sector textil tenía entre 8 y 12 años (Nardinelli 1980, p. 744).

⁹⁹ Nardinelli 1980, p. 746.

¹⁰⁰ Henriques 1979, cap. 4; Gray 1987; Cross 1989, cap. 2.

¹⁰¹ Henriques 1979, cap. 5; una más favorable apreciación de la observancia del Factory Act de 1833 se encuentra en Peacock 1984, quien opina, frente a Henriques, que la labor de los inspectores encargados de asegurar su cumplimiento no se vio obstaculizada por la complicidad de los magistrados con los fabricantes.

al conocimiento de la altura de los británicos durante la revolución industrial, además de reiterar la ya sabida mayor estatura de las clases acomodadas, coinciden en señalar la existencia de diferencias entre áreas rurales y urbanas, en beneficio de las primeras, lo cual concuerda con el comportamiento de la mortalidad, pero discrepan a la hora de precisar cuál fue la evolución de la estatura de la población trabajadora. Floud, Wachter y Gregory, en un amplio estudio que abarca más de dos siglos, basado en los datos del reclutamiento voluntario en la marina y en el ejército, observan un constante crecimiento de la altura de los jóvenes, excepto en las cohortes nacidas entre fines de la década de 1820 y comienzos de la década de 1860, período en que se produjo un retroceso¹⁰². Por su parte, Nicholas y Steckel, en un trabajo centrado en un período más corto -1770-1815-, para el que utilizaron la información sobre once mil deportados a la colonia penal de Nueva Gales del Sur, indican un perceptible descenso de la altura de los jóvenes nacidos a partir de la década de 1780¹⁰³. Más recientemente Komlos ha terciado para proponer sus propias estimaciones, obtenidas mediante la reelaboración de los datos empleados por Floud y sus colaboradores, las cuales señalan una disminución constante en la estatura de los soldados y marinos nacidos entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX¹⁰⁴. A la espera de ulteriores aportaciones, lo que sí parece es que, en el mejor de los casos, la población trabajadora inglesa nacida en el período de la industrialización disminuyó en su estatura durante tres décadas.

El grado de educación de una población puede medirse, de forma aproximada, mediante la tasa de alfabetización, pese a la ambigüedad que encierra este concepto¹⁰⁵. Los estudios sobre la evolución de la alfabetización de los ingleses durante la revolución industrial tienen ya una cierta solera y, a pesar de la existencia de importantes discrepancias sobre la trayectoria de esta alfabetización, permiten establecer algunas precisiones: el porcentaje de personas que no sabían firmar era mayor en las ciudades que en las áreas rurales, especialmente en las ciudades industriales del norte de Inglaterra; entre los trabajadores que entre el resto de la población; entre los obreros no especializados que entre los artesanos cualificados; entre las mujeres que entre los hombres; y, en un momento u otro a lo largo del período de industrialización, experimentó un aumento, al menos entre los trabajadores. La controversia se ha centrado en cuándo se produjo este incremento y en qué medida cabe achacarlo a las circunstancias en que tuvo lugar la industrialización. En la mitad inicial de la década de 1970 las aportaciones de Sanderson¹⁰⁶ y Schofield¹⁰⁷, la primera centrada en el industrial Lancashire y la segunda de ámbito general, coincidieron en

¹⁰² Floud-Wachter-Gregory 1990.

¹⁰³ Nicholas-Steckel 1991.

¹⁰⁴ Komlos 1993. El artículo de Komlos ha sido replicado por Floud-Wachter-Gregory 1993, que, sin embargo, conceden que «no se pronuncian categóricamente» en contra de la posibilidad de un descenso en las décadas previas a 1820 (p. 154).

¹⁰⁵ En la medida en que la mayoría de estudios se han basado en las firmas de los registros matrimoniales, es la aptitud para firmar la que se toma como medida de alfabetización.

¹⁰⁶ Sanderson 1972.

¹⁰⁷ Schofield 1973.

presentar un panorama poco optimista del último tramo del siglo XVIII y de los inicios del siglo siguiente, aunque con matices diferentes: para Sanderson en el período comprendido entre la década de 1780 y la década de 1820 aumentaron los analfabetos¹⁰⁸, mientras que Schofield diferencia entre las tendencias generales del conjunto de las parroquias inglesas, en las que entre 1750 y 1840 se produjo un aumento lento pero constante de la tasa de alfabetización de las mujeres y un estancamiento y posterior reducción -desde la segunda década del siglo XIX- de la de los hombres, y la de los ámbitos industriales, donde sí tuvo lugar el empeoramiento constatado por Sanderson para Lancashire¹⁰⁹.

Otros autores han objetado la validez de esta cronología, proponiendo en su lugar una más temprana caída y recuperación de los índices de alfabetización, que, combinada con el desfase de diez a quince años entre la fecha de boda y la época de escolarización, retrotraería a la segunda mitad del siglo XVIII cualquier aumento del analfabetismo, restando con ello responsabilidad a la revolución industrial¹¹⁰. Pero resulta difícil negar los efectos perturbadores de la industrialización inglesa en el campo de la educación, si tenemos en cuenta que la oferta de escuelas fue mucho menor en las áreas industriales¹¹¹, una carencia que no pudieron paliar ni las escuelas dominicales ni, menos aún, la escolarización de la mano de obra infantil a que, en teoría, estaban obligados los patronos desde 1833, y que las nuevas ocupaciones potenciadas por el proceso de desarrollo industrial no favorecían la promoción de los trabajadores con conocimiento de las primeras letras¹¹². En todo caso, la cronología del aumento del analfabetismo ha sido recientemente replanteada, a partir de fuentes diferentes -los más de 7.000 penados ingleses transportados a Nueva Gales del Sur entre 1827 y 1840-, con resultados más cercanos a los de Sanderson y Schofield que a los de sus críticos: el empeoramiento, medido en la edad escolar, tuvo lugar aproximadamente entre 1810 y 1830¹¹³.

4. Por lo que ahora se sabe podemos afirmar, con una probabilidad razonable, que los trabajadores ingleses nacidos en las últimas décadas del siglo XVIII pudieron esperar, por término medio, unos ingresos reales en descenso durante buena parte de su existencia, unas condiciones de trabajo peores que las de sus progenitores durante la niñez, unos horarios y una disciplina laboral más exigentes a partir de la adolescencia y una creciente insalubridad del hábitat urbano, que todavía no se reflejaba en deterioro físico. Sus hijos dispusieron de unos salarios reales más altos, pero vivieron

¹⁰⁸ Con notables diferencias según las parroquias, la proporción de los capaces de firmar en los registros matrimoniales desciende unos diez puntos entre la década de 1770 y la de 1820; Sanderson 1972, p. 83.

¹⁰⁹ Schofield 1973, pp. 445-446 y 450.

¹¹⁰ Laqueur 1974; West 1978.

¹¹¹ Stephens 1978.

¹¹² Para una síntesis actual del estado de la educación en Gran Bretaña véase Sutherland 1990; una visión de conjunto de las vicisitudes de la alfabetización en el mundo occidental en Graff 1991; el cap. 7 está dedicado al siglo XIX.

¹¹³ Nicholas-Nicholas 1992; entre ambas fechas el número de hombres que no sabían ni leer ni escribir pasó de en torno a un 20% a cerca de un 40%, aunque con importantes variaciones residenciales y ocupacionales.

en una sociedad en la que los pobres estaban más desatendidos y donde las desigualdades quizá estaban ampliándose, no alcanzaron a beneficiarse hasta su madurez de mejoras en horarios y condiciones de trabajo, contaron tal vez con una peor educación y vieron su salud y su talla mermadas por las deficiencias propias del hacinamiento y falta de higiene de las ciudades y de una alimentación y un descanso insuficientes. Sus nietos, nacidos poco antes de mediados de siglo, tuvieron ante sí un panorama comparativamente optimista: mayores posibilidades de recibir una educación elemental, ingresos más altos¹¹⁴, horarios de trabajo en disminución, mejoras en el entorno y en la alimentación, que propiciaron un aumento de la esperanza de vida pero todavía no el incremento de la estatura, ligera reducción de las desigualdades, aunque dentro del asentamiento del capitalismo como orden económico y social. La continuación del debate habrá de permitir un enriquecimiento de nuestro conocimiento del período. Probablemente también nos haga más sensibles respecto a tres cuestiones: 1) El carácter cambiante, histórico, de las prioridades de cada sociedad o grupo social; que ganar más dinero sea ahora el móvil fundamental no significa que lo fuese en la Inglaterra de siglo y medio atrás, cuando los trabajadores rurales emigrados a ultramar valoraban, en las cartas enviadas a sus familiares en Gran Bretaña, más que la existencia de mejores salarios, la disponibilidad de tierras y las relaciones más humanas con los patronos que encontraban en sus nuevos hogares¹¹⁵. 2) La incorrección de la invocación del largo plazo como criterio justificador de los sacrificios de varias generaciones. La sociedad inglesa de 1830 era más desigual que la de 1780, muchos de sus integrantes vivían quizá peor que sus abuelos, algunos de ellos inequívocamente peor; ¿atenúa sus sufrimientos la mejora lograda por sus hijos o sus nietos? 3) La necesidad de estudiar desde una perspectiva regional la Inglaterra de la época, todavía no suficientemente homogeneizada como para permitir afirmaciones generales construidas sobre el análisis de una o unas pocas áreas. Es en este terreno donde cabe esperar los mayores progresos en los próximos años gracias a la multiplicación de monografías.

Un trabajo publicado a este lado de los Pirineos parece que no debiera finalizar sin hacer referencia a la utilidad que ha de tener, para los investigadores del tema en España, el conocimiento de la riqueza y variedad de matices que ha alcanzado en Inglaterra el estudio de las condiciones de vida durante la industrialización, a efectos tanto comparativos como metodológicos. Consideraciones que habrían de hacerse sin olvidar la diferente cronología del proceso de industrialización español, las peculiares coordenadas políticas y sociales en que se inserta, la diversidad de variantes regionales y las características de las fuentes de que se dispone. Pero abrir una reflexión a partir de estos elementos desborda el propósito del autor de estas páginas, y quizá la paciencia del lector.

¹¹⁴ Feinstein 1990; Feinstein 1991.

¹¹⁵ Snell 1985, pp. 9-10.

Bibliografía

- Armstrong, W.A., «The trend of mortality in Carlisle between the 1780s and the 1840s: a demographic contribution to the standard of living debate», *Economic History Review*, XXXIV, 1 (1981), pp. 94-114.
- Atkins, P.J., «Sophistication detected: or, the adulteration of the milk supply, 1850-1914», *Social History*, 16, 3 (1991), pp. 317-339.
- Berg, Maxine, *La era de las manufacturas, 1700-1820*, Barcelona, Crítica, 1987 (1ª ed., 1985).
- Berg, Maxine y Hudson, Pat, «Rehabilitating the industrial revolution», *Economic History Review*, XLV, 1 (1992), pp. 24-50.
- Botham, F.W. - Hunt, E.H., «Wages in Britain during the industrial revolution», *Economic History Review*, XL, 3 (1987), pp. 380-399.
- Boot, H.M., «Unemployment and poor law relief in Manchester, 1845-50», *Social History*, 15, 2 (1990), pp. 217-228.
- Brown, John C., «The condition of England and the standard of living: cotton textiles in the Northwest, 1806-1850», *Journal of Economic History*, L, 3 (1990), pp. 591-614.
- Burnett, John, *A social history of housing 1815-1970*, Londres, Methuen, 1980.
- , *Plenty and want: a social history of food in England from 1815 to the present day*, Londres, Methuen, 1989 (3ª ed.).
- , «Housing and the decline of mortality», R. Schofield; D. Reher y A. Bideau (eds.), *The decline of mortality in Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1991, pp. 158-176.
- Cannadine, David, «El presente y el pasado en la Revolución Industrial inglesa, 1880-1980», *Debats*, 13 (1985), pp. 73-94 (*Past and Present*, 103 [1984], pp. 131-172).
- Chadwick, Edwin, *Report on the sanitary condition of the labouring population of Great Britain*, Edimburgo, University Press, 1965 (1ª ed., 1842).
- Chapman, Stanley y Butt, John, «The cotton industry, 1775-1856», Charles F. Feinstein y Sidney Pollard (eds.), *Studies in capital formation, 1750-1920*, Oxford, O.U.P., 1988, pp. 105-125.
- Crafts, N.F.R., *British economic growth during the industrial revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1985a.
- , «English workers' real wages during the Industrial Revolution: some remaining problems», *Journal of Economic History*, XLV, 1 (1985b), pp. 139-144.
- , «Real wages, inequality and economic growth in Britain, 1750-1850: a review of recent research», Peter Scholiers (ed.), *Real wages in 19th and 20th century Europe: historical and comparative perspectives*, Oxford, Berg, 1989, pp. 75-95.
- Crafts, N.F.R. y Harley, C.K., «Output growth and the British industrial revolution: a restatement of the Crafts-Harley view», *Economic History Review*, XLV, 4 (1992), pp. 703-730.

- Cronjé, Gillian, «Tuberculosis and mortality decline in England and Wales, 1851-1910», Robert Wood - John Woodward (eds.), *Urban disease and mortality in nineteenth-century England*, Londres, Batsford, 1984, pp. 79-101.
- Cross, Gary, *A quest for time. The reduction of work in Britain and France, 1840-1940*, Los Angeles, University of California Press, 1989.
- Cunningham, Hugh, «The employment and unemployment of children in England c. 1680-1851», *Past and Present*, 126 (1990), pp. 115-150.
- Daunton, M.J., «Housing», F.M.L. Thompson, *The Cambridge social history of Britain 1750-1950*, vol. 2, *People and their environment*, Cambridge, C.U.P., 1990, pp. 195-250.
- Deane, Phyllis y Cole, W.A., *British economic growth, 1688-1959*, Cambridge, C.U.P., 1962.
- Dennis, Richard, *English industrial cities of the nineteenth century. A social geography*, Cambridge, C.U.P., 1984.
- Engels, F., *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1965 (1ª ed., 1845).
- Evans, Richard J., «Epidemics and revolutions: cholera in nineteenth-century Europe», *Past and Present*, 120 (1988), pp. 123-146.
- Feinstein, C.H., «Capital accumulation and the industrial revolution», Roderick Floud y Donald McCloskey (eds.), *The economic history of Britain since 1700*, vol. 1, *1700-1860*, Cambridge, C.U.P., 1981, pp. 128-142.
- Feinstein, Charles, «The rise and fall of the Williamson curve», *Journal of Economic History*, XLVIII, 3 (1988), pp. 699-729.
- , «What really happened to real wages? Trends in wages, prices, and productivity in the United Kingdom, 1880-1913», *Economic History Review*, XLIII, 3 (1990), pp. 329-355.
- , «A new look at the cost of living 1870-1914», James Foreman-Peck (ed.), *New perspectives on the late Victorian economy: essays in quantitative economic history 1860-1914*, Cambridge, C.U.P., 1991, pp. 151-179.
- Feinstein, Charles F. y Pollard, Sidney (eds.), *Studies in capital formation, 1750-1920*, Oxford, O.U.P., 1988.
- Fleischman, Richard K., *Conditions of life among the workers of southeastern Lancashire, 1780-1850*, Londres, Garland Publishing, 1985.
- Flinn, M.W., «Introduction», Edwin Chadwick, *Report on the sanitary condition of the labouring population of Great Britain*, Edimburgo, University Press, 1965, pp. 1-73.
- , «English workers' living standards during the industrial revolution: a comment», *Economic History Review*, XXXVII, 1 (1984), pp. 88-92.
- Floud, Roderick; Wachter, Kenneth y Gregory, Annabel, *Height, health and history: nutritional status in the United Kingdom, 1750-1980*, Cambridge, C.U.P., 1990.
- , «Measuring historical heights-short cuts or the long way round: a reply to Komlos», *Economic History Review*, XLVI, 1 (1993), pp. 145-154.

- Fontana, Josep, *La història després de la fi de la història*, Vic, Eumo, 1992.
- Foster, John, *Class struggle and the Industrial Revolution*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1974.
- Graff, Harvey J., *The legacies of literacy*, Bloomington, Indiana University Press, 1991.
- Gray, Robert, «The languages of factory reform in Britain, c. 1830-1860», Patrick Joyce (ed.), *The historical meanings of work*, Cambridge, C.U.P., 1987, pp. 143-179.
- Hardy, Anne, «Diagnosis, death, and diet: the case of London, 1750-1909», *Journal of Interdisciplinary History*, XVIII, 3 (1988), pp. 387-401.
- Harley, C. Knick, «British industrialization before 1841: evidence of slower growth during the industrial revolution», *Journal of Economic History*, XLII, 2 (1982), pp. 267-289.
- Henriques, Ursula R.Q., *Before the welfare state: social administration in early industrial Britain*, Londres, Longman, 1979.
- Hobsbawm, Eric J., *Trabajadores*, Barcelona, Crítica, 1979 (1ª ed., 1964).
- Hopkins, Eric, *A Social History of the English Working Classes, 1815-1945*, Londres, Edward Arnold, 1979.
- , «Working hours and conditions during the Industrial Revolution: a re-appraisal», *Economic History Review*, XXXV, 1 (1982), pp. 52-66.
- Hoppit, Julian, «Counting the industrial revolution», *Economic History Review*, XLIII, 2 (1990), pp. 173-193.
- Horrell, Sara y Humphries, Jane, «Old questions, new data, and alternative perspectives: families' living standards in the Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, XLV, 4 (1992), pp. 849-880.
- Hudson, Pat, «The regional perspective», Pat Hudson (ed.), *Regions and industries: a perspective on the industrial revolution in Britain*, Cambridge, C.U.P., 1989, pp. 5-38.
- , *The industrial revolution*, Londres, Edward Arnold, 1992.
- Hunt, E.J., «Industrialization and regional inequality: wages in Britain, 1760-1914», *Journal of Economic History*, XLVI, 4 (1986), pp. 935-966.
- Jackson, R.V., «The structure of pay in nineteenth-century Britain», *Economic History Review*, XL, 4 (1987), pp. 561-570.
- , «Rates of industrial growth during the industrial revolution», *Economic History Review*, XLV, 1 (1992), pp. 1-23.
- James, John A., «Personal wealth distribution in late eighteenth-century Britain», *Economic History Review*, XLI, 4 (1988), pp. 543-565.
- Knott, John, *Popular opposition to the 1834 Poor Law*, Londres, Croom Helm, 1986.
- Komlos, John, «The secular trend in the biological standard of living in the United Kingdom, 1730-1860», *Economic History Review*, XLVI, 1 (1993), pp. 115-144.
- Laqueur, Thomas W., «Literacy and social mobility in the industrial revolution in England», *Past and Present*, 64 (1974), pp. 96-107; con réplica de M. Sanderson (pp. 108-112).

- Lindert, Peter H., «English living standards, population growth, and Wrigley-Schofield», *Explorations in Economic History*, 20 (1983), pp. 131-155.
- , «Unequal English wealth since 1870», *Journal of Political Economy*, 94, 6 (1986), pp. 1.127-1.162.
- Lindert, Peter H. y Williamson, Jeffrey G., «Revising England's social tables 1688-1912», *Explorations in Economic History*, 19 (1982), pp. 385-408.
- , «English workers' living standards during the industrial revolution: a new look», *Economic History Review*, XXXVI, 1 (1983a), pp. 1-25.
- , «Reinterpreting Britain's social tables, 1688-1913», *Explorations in Economic History*, 20 (1983b), pp. 94-109.
- , «English workers' real wages: reply to Crafts», *Journal of Economic History*, XLV, 1 (1985a), pp. 145-153.
- , «Growth, equality, and history», *Explorations in Economic History*, 22 (1985b), pp. 341-377.
- Luckin, Bill, «Evaluating the sanitary revolution: typhus and typhoid in London, 1851-1900», Robert Woods - John Woodward, *Urban disease and mortality in nineteenth-century England*, Londres, Batsford, 1984, pp. 102-119.
- Lyons, John S., «Family response to economic decline: handloom weavers in early Nineteenth-century Lancashire», *Research in Economic History*, 12 (1989), pp. 45-91.
- Mathias, Peter, «Financing the industrial revolution», Peter Mathias y John A. Davis (eds.), *The first industrial revolution*, Oxford, Basil Blackwell, 1989, pp. 69-85.
- Matossian, Mary Kilbourne, «Death in London, 1750-1909», *Journal of Interdisciplinary History*, XVI, 2 (1985), pp. 183-197.
- McKeown, Thomas, *El crecimiento moderno de la población*, Barcelona, Antoni Bosch, 1978 (1ª ed., 1976).
- Mercer, A.J., «Smallpox and epidemiological-demographic change in Europe: the role of vaccination», *Population Studies*, 39 (1985), pp. 287-307.
- Mokyr, Joel, «Is there still life in the pessimist case? Consumption during the industrial revolution, 1790-1850», *Journal of Economic History*, 24 (1987), pp. 293-319.
- Nardinelli, Clark, «Child labor and the Factory Acts», *Journal of Economic History*, XL, 4 (1980), pp. 739-755.
- Neale, R.S., «The poverty of positivism: from standard of living to quality of life, 1780-1850», R.S. Neale, *Writing marxist history*, Oxford, Basil Blackwell, 1985, pp. 109-140.
- Nicholas, Stephen y Nicholas, Jacqueline M., «Male literacy, 'deskilling', and the industrial revolution», *Journal of Interdisciplinary History*, XXIII, 1 (1992), pp. 1-18.
- Nicholas, Stephen y Steckel, Richard H., «Heights and living standards of English workers during the early years of industrialization, 1770-1815», *Journal of Economic History*, LI, 4 (1991), pp. 937-957.

- O'Brien, Patrick y Engerman, Stanley, «Changes in income and its distribution during the industrial revolution», Roderick Floud y Donald McCloskey (eds.), *The Economic history of Britain*, Cambridge, C.U.P., vol. 1, 1981.
- O'Brien, Patrick y Quinault, Ronald (eds.), *The industrial revolution and British society*, Cambridge, C.U.P., 1993.
- Oddy, D.J., «Urban famine in nineteenth-century Britain: the effect of the Lancashire cotton famine on working-class diet and health», *Economic History Review*, XXXVI, 1 (1983), pp. 68-86.
- Peacock, A.E., «The successful prosecution of the Factory Acts, 1833-55», *Economic History Review*, XXXVII, 2 (1984), pp. 197-210.
- Perkin, Harold, *Origins of modern English society*, Londres, Ark, 1985 (1ª ed., 1969).
- Phelps Brown, Henry, *Egalitarianism and the generation of inequality*, Oxford, Clarendon Press, 1988.
- Platt, D.C.M., *Mickey mouse numbers in world history. The short view*, Londres, Macmillan, 1989.
- Pooley, Marilyn E. y Pooley, Colin G., «Health, society and environment in Victorian Manchester», Robert Woods y John Woodward (eds.), *Urban disease and mortality in nineteenth-century England*, Londres, Batsford, 1984, pp. 148-175.
- Razzell, P., *The conquest of smallpox*, Firlie, Caliban books, 1977.
- Reid, Douglas A., «The decline of Saint Monday 1766-1876», *Past and Present*, 71 (1976), pp. 76-101.
- Rodger, Richard, «Political economy, ideology and the persistence of working-class housing problems in Britain, 1850-1914», *International Review of Social History*, XXXII, 1 (1987), pp. 109-143.
- Rodger, Richard, *Housing in urban Britain 1780-1914: class, capitalism and construction*, Londres, Macmillan, 1989.
- Rose, Michael E., *The relief of poverty, 1834-1911*, Londres, Longman, 1986 (2ª ed.).
- Rotberg, Robert I. y Rabb, Theodore K. (comps.), *El hambre en la historia*, Madrid, Siglo XXI, 1990 (1ª ed., 1983).
- Rule, John, *The experience of labour in Eighteenth-century industry*, Londres, Croom Helm, 1981.
- , *Clase obrera e industrialización*, Barcelona, Crítica, 1990 (ed. ing., 1986).
- , *The vital century: England's developing economy, 1714-1815*, Londres, Longman, 1992.
- Sanderson, Michael, «Literacy and social mobility in the industrial revolution in England», *Past and Present*, 56 (1972), pp. 75-104.
- Schofield, R.S., «Dimensions of illiteracy, 1750-1850», *Exploration in Economic History*, X (1973), pp. 437-454.
- Schofield, Roger y Reher, David, «The decline of mortality in Europe», R. Schofield; D. Reher y A. Bideau (eds.), *The decline of mortality in Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1991, pp. 1-17.
- Schofield, R.; Reher, D. y Bideau, A. (eds.), *The decline of mortality in Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1991.

- Scholiers, Peter (ed.), *Real wages in 19th and 20th century Europe: historical and comparative perspectives*, Oxford, Berg, 1989.
- Schwarz, L.D., «The standard of living in the long run: London, 1700-1880», *Economic History Review*, XXXVIII, 1 (1985), pp. 24-41.
- , *London in the age of industrialization: entrepreneurs, labour force and living conditions, 1700-1850*, Cambridge, C.U.P., 1992.
- Smith, F.B., *The people's health 1830-1910*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1990 (1ª ed., 1979).
- , *The retreat of tuberculosis 1850-1950*, Londres, Croom Helm, 1988.
- Snell, K.D.M., *Annals of the labouring poor. Social change and agrarian England, 1660-1900*, Cambridge, C.U.P., 1985.
- Stephens, W.B., «Illiteracy and schooling in the provincial towns, 1640-1870: a comparative approach», D.A. Reeder (ed.), *Urban education in the nineteenth century*, Nueva York, Saint Martin's Press, 1978, pp. 27-47.
- Sutherland, «Education», F.M.L. Thompson (ed.), *The Cambridge social history of Britain 1750-1950*, Cambridge, C.U.P., 1990, vol. 3, pp. 119-169.
- Szalai, Alexander, «The meaning of comparative research on the quality of life», A. Szalai y F.M. Andrews (eds.), *The quality of life. Comparative studies*, London, Sage Publications, 1980, pp. 7-21.
- Szreter, Simon, «The importance of social intervention in Britain's mortality decline c. 1850-1914: a reinterpretation of the role of Public Health», *Social History of Medicine*, I (1988), pp. 1-38.
- Tavera, Susanna, «La condición de la clase obrera inglesa, 1780-1850. Un debate, todavía», *Historia Social*, 2 (1988), pp. 144-156.
- Taylor, Arthur J. (comp.), *El nivel de vida en Gran Bretaña durante la revolución industrial*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985 (1ª ed., 1975).
- Thomas, Brinley, «Food supply in the United Kingdom during the industrial revolution», Joel Mokyr (ed.), *The economics of the industrial revolution*, Totowa, Rowman & Allanheld, 1985, pp. 137-150.
- Thompson, E.P., «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial», E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 239-293 (*Past and Present*, 38 [1967], pp. 56-97).
- Thompson, E.P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 tomos, Barcelona, Crítica, 1989.
- Tunzelmann, G.N. von, «The standard of living debate and optimal economic growth», Joel Mokyr (ed.), *The economics of the Industrial Revolution*, Totowa, Rowman & Allanheld, 1985, pp. 207-226.
- West, E.G., «Literacy and the Industrial Revolution», *Economic History Review*, XXXI, 2 (1978), pp. 369-383.
- Williams, Karel, *From pauperism to poverty*, Londres, Routledge, 1981.
- Williamson, Jeffrey G., «Earnings inequality in nineteenth-century Britain», *Journal of Economic History*, XL, 3 (1980), pp. 457-475.

-
- , «Was the Industrial Revolution worth it? disamenities and death in 19th century British towns», *Explorations in Economic History*, 19 (1982), pp. 221-245.
- , «British mortality and the value of life, 1781-1931», *Population Studies*, 38 (1984), pp. 157-172.
- Williamson, Jeffrey G., *Capitalismo y desigualdad económica en Gran Bretaña*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987 (1ª ed., 1985).
- , *Coping with city growth during the British industrial revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Wohl, Anthony S., *Endangered lives. Public health in Victorian Britain*, Londres, C.U.P., 1984.
- Woods, Robert, «The effects of population redistribution on the level of mortality in nineteenth-century England and Wales», *Journal of Economic History*, XLV, 3 (1985), pp. 645-650.
- , *The population of Britain in the nineteenth century*, Londres, Macmillan, 1992.
- Woods, Robert y Hinde, Andrew, «Mortality in Victorian England: models and patterns», *Journal of Interdisciplinary History*, XVIII, 1 (1987), pp. 27-54.
- Woods, Robert y Woodward, John (eds.), *Urban disease and mortality in nineteenth-century England*, Londres, Batsford, 1984.
- Wrigley, E.A. y Schofield, R.S., *The Population History of England, 1541-1871*, Londres, Edward Arnold, 1981.